

ACTAS

II CONGRESO INTERNACIONAL DE LA ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL

(Segovia, del 5 al 19 de Octubre de 1987)

I

Editado por:

José Manuel Lucía Megías

Paloma Gracia Alonso

Carmen Martín Daza

UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

1992

UNIVERSIDAD DE ALCALÁ DE HENARES

SERVICIO DE PUBLICACIONES

ISBN 84-86981-63-8

DEPÓSITO LEGAL: M-8718-1992

IMPRIME: Imprenta U.A.H.

EL ARCIPRESTE DE TALAVERA COMO HAGIÓGRAFO (LA MORALIZACIÓN, MÁS ALLÁ DE LA REPROBACIÓN)

Asumiendo limitaciones propias y externas, me propongo en esta intervención algo muy sencillo: dar a conocer la obra hagiográfica atribuida a Alfonso Martínez de Toledo como posible *continuación* de una literatura didáctica iniciada, y seguramente culminada, en el *Corbacho*.

Si la más famosa obra del Arcipreste respondía a un didactismo por vía negativa, ya que se trataba de una "*reprobación* del loco amor", sus hagiografías vendrían a completar su obra didáctica por vía positiva, pues sirven a la *moralización*; es decir, a la intención de "reformar las malas costumbres enseñando las buenas", y parece que al Arcipreste le dolían sobre todo los vicios del clero, según veremos.

Parte mi exposición de dos observaciones puntuales entresacadas de las escasísimas líneas que los críticos han dedicado a las *Vidas* de San Ildefonso y San Isidoro. Sánchez Alonso, en su *Historia de la historiografía española*, les dedica las siguientes palabras:

Apuntaré sólo dos obras del ya mencionado Arcipreste de Talavera, cuya finalidad no parece ser tampoco puramente religiosa. Trátase de sus *Vidas de S. Isidoro y S. Ildefonso* fechadas en 1444 [...]. Ambos conservan todo lo grato al gusto popular, dando colorido a los respectivos milagros con el atractivo que el Arcipreste sabía comunicar a su prosa. Amador de los Ríos sospecha, creo que con fundamento, que el autor quiso hacer con ellas una sátira indirecta contra las corrompidas costumbres del episcopado, marcando su contraste con las de aquellos esclarecidos prelados, sin atreverse a hacerlo directamente, como en su desenfadado *Corbacho* contra las mujeres¹.

José Madoz y Moleres, único editor de las *Vidas* en lo que mi conocimiento alcanza, insiste en la misma idea:

Es evidente el fin moralizador de estas obras del Arcipreste, principalmente en orden a proponer modelos elevados que contrasten con la vida poco regular de algunos clérigos de la época. El lector podrá observar, en efecto, la aplicación que en ellos se hace a recomendar la castidad religiosa y eclesiástica, la limosna en manos de los prelados y el desprendimiento de honras y prebendas jerárquicas².

Tales afirmaciones no han sido hasta el momento desarrolladas ni corroboradas o desmentidas por ejemplos textuales, por lo que parece conveniente ofrecer una selección de fragmentos que efectivamente comunican la intención admonitoria del *Corbacho* con la moralizadora de las *Vidas*, y ampliar los breves apuntes de los autores citados.

Si el *Corbacho* constituía una exhortación general, en sus hagiografías el Arcipreste parece acotar una parcela de aquel público, dirigiéndose a su propia clase, el clero, cuya rectitud sin duda le preocuparía especialmente, tanto por coherencia ética como por su vinculación personal. Alfonso Martínez de Toledo moraliza oponiendo a las "malas costumbres" de los clérigos denunciados en el *Corbacho* las excelsas de los santos arzobispos. Parece existir, pues, una continuación y un complemento entre aquella y estas obras, pues contrapone la lujuria y la codicia allí reprobadas con la castidad, la generosidad y la renuncia de San Ildefonso y San Isidoro. Compruébese la relación temática e intencional entre estos textos del *Corbacho* y de las *Vidas*:

DE COMO EL ECLESYASTICO E AUN EL LEGO SE PIERDEN
POR AMAR (Capítulo XI del *Corbacho*):

Otra razón te digo por do el amor ynonesto por ty deve ser repellido: por quanto nunca vi, nin viste, nin veer esperas, eclesyástico que de amor desonesto fuese vencido, que alcançase benefycios nin honras en la Yglesia de Dios; antes de los sobreavidos, sobreviniente el amor desordenado, perdieron e perderán con grand difamación, queriendo amar a quien nunca los amó nin ama.

Que non es muger, de qualquier condición que sea, que ama al eclesyástico salvo por aver dél e por la desordenada cobdicia que la muger tyene por alcançar, aver, e andar locamente arreada con

mucha vanagloria. E por esta razón muestran amarlos; que non los aman³.

La *V.S. Isidoro* también aporta un dato que nos informa de la inmoralidad del clero de su tiempo, en el capítulo XXI, que versa sobre la rehabilitación de los obispos:

[...] que sean restituydos en el grado del primer officio los que obiesen satisfecho por digna penitencia; e non sean restituydos los que non se enmiendan e defiendan el peccado carnal en que cayeron con locura e atrevimiento⁴.

Compruébese, en cambio, la intachable castidad de ambos prelados. Leemos de San Ildefonso:

E para que brevemente fable, desde este santo moço fue entrado en la hedat en que más dulçemente suelen falagar e escarnescer al omne los deleytes del mundo e de la carne, queriendo reprimir los movimientos carnales, los quales non conoscía por experiencia, mas sentíalos por tentación, así cercó su cuerpo con muro de virtudes⁵.

Ya en la plenitud de su labor pastoral y apologética, la Virgen María se le aparece para agradecerle su fidelidad y reconocer sus méritos mediante la imposición de la sagrada casulla:

Porque con puro corazón e firme fe perseveraste sienpre en el mi servicio e esparçiste el mi loor con las tus dulçes palabras en los corazones de los fieles e guardaste tu *virginidad* plaziéndote sienpre de la *castidad*, sabe que te cunpliré la onrra que te ove prometida⁶.

Cuando San Isidoro es elegido arzobispo, entiende que ha de dar ejemplo de castidad, entre otras virtudes:

E aconsejando a la su salud e de los otros, esquivava la presencia de las mugeres a todo su poder⁷.

A la muerte del Arzobispo de Sevilla, un hombre allegado a él goza de una visión en la que contempla el lugar asignado al santo en el Paraíso. Interesa la referencia por los méritos que se presentan como fundamentales:

[...] e vido que estaba asentado a queste sancto varón entre los niños inocentes que mandó matar Herodes por el Salvador e tenía entre ellos lugar prinçipal e corona de *martyrio* e de *doctrina* e de *virginidad*⁸.

El otro gran pecado que socava la moral del clero es la codicia, o eso parece opinar Martínez de Toledo, que la refleja brillantemente en su *Arcipreste de Talavera*, por boca de la Pobreza, en alegórico combate con la Fortuna:

Pues, de los eclesyásticos non es dezir nada. ¿Que non cobdician la muerte unos a otros por suceder en las honras e beneficios? Que verás los espetantes del papa, las bocas abyertas como lobos en febrero fanbrientos. ¿Quándo morrán los beneficiados? ¿Quándo oyrán tañer campanas por ellos? Luego corren e buscan quién murió, e sy es clérigo beneficiado; e, lo peor, que quando alguno está mal, al paso de la muerte, están los espetantes rogando a Dios: ¡O sy muriese en este mes, que es del papa, porque lo aceptase yo! [...]

Pues, ¿quién dubda sy en corte del papa desean que mueran los cardenales por suceder otros en sus honores e dignidades? Eso mesmo de los patriarcas, protonotarios, arçobispos, e obispos, abades, deanes, arcedianos, e otros eclesyásticos e capellanes⁹.

Y qué lejos están de este afán de medro los honestos prelados godos. San Ildefonso, siendo ya letrado y nombrado arcediano y vicario general de San Eugenio, lo que allí y entonces equivalía a ser el heredero de la silla episcopal¹⁰, renuncia a la carrera eclesiástica e inicia la vida monacal, extendiéndose en unas cabales reflexiones sobre el tópico *de contemptu mundi*:

Padre señor, bien sabedes vos que segunt el dicho del evangelio, non puede omne en ninguna manera servir a Dios e al mundo; mayormente seyendo el mundo lleno de tantas maldades e lazos de peccados¹¹.

Rompe en llantos y se arroja a los pies de los monjes intentando impedir que lo nombren abad, pero muy a su pesar habrá de culminar la carrera eclesiástica, pues es literalmente obligado a aceptar¹².

Algo similar sucede cuando lo eligen como arzobispo:

E ayuntados con el pueblo de la çiudad fueron por él a su monesterio. E él desque lo vió, lançóse en tierra delante de todos, rogándoles que toviesen por bien de elegir a otro por arçobispo

entre sí, que lo dexassen a él con sus canónigos. Mas non lo quesieron oyr; ca levantáronlo en peso del suelo e leváronlo a la iglesia mayor a su pesar e asentáronlo en la silla arzobispal¹³.

Otro tanto ocurre cuando San Isidoro es el elegido. Nobles y plebeyos se solidarizan gozosamente en una teatral escena:

Y viendo el Rey y los Prelados y los grandes, que allí estaban, que no podían acabar con él por bien, juntándose con el Rey todo el pueblo lo sacaron por fuerza y lo llevaron contra su voluntad a la Yglesia¹⁴.

Finalmente el pobre San Isidoro consiente con el peso del arzobispado, y el autor aprovecha para atribuir al protagonista una larga reflexión sobre los cargos eclesiásticos entendidos como servicios y no como rentas:

E puesto en tan grant dignidat, non entendía ni decía que era puesto en ella para folgar, mas para trabajar, non para honrra mas para carga, non para se enseñorear mas para servir con charidat; non para vaciar las bolsas de los súbditos, que le eran encomendados, mas para derrygar los peccados; non para vivir en deleytes carnales, mas para pedricar al pueblo los mandamientos divinales, y para proveer a los pobres de las cosas temporales¹⁵.

La entrega en el servicio a los fieles se traduce también en un desprendimiento absoluto de las prebendas eclesiásticas, e incluso de su patrimonio familiar, pues ambos santos, como la mayoría de los medievales, pertenecían a casas de recio y rico abolengo. El siguiente pasaje de la *V.S. Ildefonso* constata su práctica habitual de la limosna:

Pues como este varón sobió en onrra así a enxienplo de Ihesu Christo cresçía en humildat e se fazia menor de los sus clérigos e mantenía en derecho a los de sus juridiçión, e casava muchas huérfanas e fazia muchos bienes a los pobres¹⁶.

Como este de la *V.S. Isidoro*:

Prinçipalmente paresçía su gran sanctidad en el cuydado que tenía de los pobres, ocupándose en buscar de dónde, así de sus rentas como de lo que de otras partes le ofresçían, proveyese la falta que

los pobres pasaban y bastantemente les daba de las limosnas¹⁷.

A la muerte de sus padres, Ildefonso enajena la herencia:

E del patrimonio que dellos le fincó fizo un monesterio de monjas a honor de Santa María, porque lo que ellos ganaran todo fuese desprendido¹⁸.

Otro fragmento de la misma obra, muy significativo porque relaciona el desprendimiento con la castidad, muestra la fijación del Arcipreste respecto a estas dos virtudes, lo que resulta lógico si se considera que los vicios del clero que más le preocupaban eran la codicia y la lujuria:

Ca sabía que las onrras e las riquezas dan ocasión al omne de quebrantar la *castidat* e de caer en muchos peccados. E que si él en este estado quedase, que grant comienzo avía el diablo para lo enbargar del servicio de Dios e fazer perder su *virginidat que él mucho preçiaba*¹⁹.

Estos y otros textos que podrían añadirse muestran hasta qué punto las *Vidas* de San Ildefonso y San Isidoro conectan con la más célebre obra del Arcipreste, retratando a los santos como modelos para un clero cuyos más depravados vicios ya había denunciado allí.

Que la *ejemplaridad* constituye el fin primordial de estas obras lo corrobora el análisis de la estructura interna y de la caracterización de los personajes, similares en ambas hagiografías.

En cuanto al primer punto, el hilo conductor de la obra responde a un proceso de santificación, que puede expresarse desde una perspectiva funcionalista en tres núcleos:

I. Sería el primero el *deseo de santidad*, que abre las posibilidades narrativas. En las dos *Vidas* se nos ofrecen indicios de la predestinación del protagonista a la santidad, pero en la *V.S. Ildefonso* este punto está más desarrollado, mediante el relato de la aparición de la Virgen a la madre del héroe, en que le anuncia el nacimiento de un hijo que habría de ser santo.

II. El segundo núcleo narrativo lo constituye el *proceso de perfeccionamiento*, expresado en ambas obras a través de tres tipos de progresiones que parten de un período inicial de formación (por cierto, afirma la leyenda que San Ildefonso se educó en Sevilla bajo la dirección de San Isidoro). Progresan ambos en tres dimensiones: en *sabiduría*, para convertirse en dos de los más ilustres

santos españoles; pero al mismo tiempo se preocupan de avanzar en las más sencillas *virtudes cristianas*: humildad, caridad, castidad y devoción, sobre todo en el caso de San Ildefonso y dirigida a una María siempre Virgen. Los progresos en conocimientos y en virtudes les reportan un involuntario escalamiento en la *jerarquía eclesiástica*. Ambos terminan siendo arzobispos, después de pasar por una etapa de retiro del mundo; San Isidoro encerrado en una celda, y San Ildefonso en un monasterio, adonde acude huyendo de las dignidades eclesiásticas, y donde precisamente se topa con la de abad.

III. El tercer núcleo narrativo, que cierra las posibilidades en forma de resultado, por supuesto positivo, podría denominarse *demonstración de la santidad*, construida en ambas hagiografías con varias pruebas: el don de la taumaturgia; es decir, los milagros *in vita* y *post mortem*; el don de la profecía, y la beatífica muerte, a lo que deben sumarse en la *V.S. Ildefonso* las apariciones de la Virgen.

Evidentemente, la estructura está concebida en función de la ejemplaridad del protagonista, pues se trata de narrar su santificación y pruebas fehacientes de la misma.

Por lo que respecta a los personajes, obviamente el santo recibe un tratamiento diferencial, tanto en lo que se refiere a los detalles de la caracterización, como a la distribución, a su autonomía o funcionalidad²⁰, y, quizás como en toda la literatura biográfica, no resultaría exagerado afirmar que el resto de los personajes sirve poco más que de comparsa.

Ahora bien, este acompañamiento cumple dos funciones fundamentales: constatar la existencia de dos mundos (éste y el del más allá), y de dos posturas diferentes (la del Bien y la del Mal). Los personajes se distribuyen entonces según este doble criterio, el de las naturaleza *humana* o *sobrenatural*; y otro maniqueísta que los divide en *favorables* y *contrarios* a la santidad del protagonista. El resultado es un cuadro común de personajes que se repiten (Vid. cuadro).

Curiosamente, en ambas hagiografías el advenedizo irreverente (el obispo Sergio que sucede a San Ildefonso) o falsario (el fraile Arnalic) recibe como castigo del Cielo una muerte horrenda. El único personaje relevante no común es Santa María, que confiere una orientación especial a la *V.S. Ildefonso*.

Si se observa entonces la distribución de los personajes, se admitirá que están concebidos para realzar al protagonista como modelo de santidad, pues se trata de presentar la doble dicotomía entre dos opciones y dos mundos, ante los cuales la elección del héroe se ofrece como la correcta.

A nadie se escapa que tanto la estructura aquí comentada como la distribución de los personajes son rasgos comunes del género hagiográfico, y no

		FAVORABLES	CONTRARIOS
H U M A N O S		- Sus padres	- Heresiarcas
		- Santo educador	- Sus secuaces
		- Otros maestros	- Advenedizo
		- Clérigos discípulos	irreverente
		- Abades y prelados que asisten a los concilios	o falsario
		- Mujeres religiosas	
		- Rey santo	
S O B R E	N A T U R A L E S	- El pueblo	
		- Beneficiados por los milagros	
		- Testigos de su muerte	
		- Dios-Cristo	- Diablo
		- Angeles y santos	- Sus secuaces

específicos de estas obras; como también es genérico el propósito a que sirven: la *ejemplaridad*, sobre todo de las virtudes morales, y concretamente en estas *Vidas* la humildad, el desprendimiento y la castidad. Estos son los méritos realmente imitables para el común de los fieles, pues aunque la constante y brillante dedicación al estudio también es modélica, la altura que alcanzan San Ildefonso, como defensor de la virginidad perpetua de María, y San Isidoro, como Doctor de las Españas, los mitifica elevándolos muy por encima incluso de los clérigos. Su dimensión de santos ilustres se orienta, más que a la ejemplaridad, a la difusión de contenidos doctrinales. El didactismo de estas hagiografías no se agota en la moral propuesta existencialmente a través de las vidas, sino que la erudición del autor le permite y le impulsa a introducirse en la *dogmática*, traduciendo e interpretando textos de los santos egregios, e insistiendo sobre todo en los de carácter apologético: la defensa de la virginidad *post partum* de María, realizada por San Ildefonso en

contra de Elbidio; o la reprobación de las herejías arriana y acefalita, a cargo de San Isidoro.

Así es que hallamos pasajes de tono marcadamente culto, como el que sigue:

[...] segúnd aquello que dixo el santo Moysen al pueblo de Ysrael, el tu señor Dios un Dios es, el qual es todo entero en todo lugar por esençia e presençia de la su magestad; es uno en la esençia de la su magestad, mas triple es en la diferençia personal, conviene saber, Padre e Fijo e Spíritu Santo. El Padre es non engendrado, e el Fijo es uno syenpre engendrado del Padre syn apartamiento esençial e natural. E el Spíritu Santo salé syenpre del Padre e del Fijo syn apartamiento natural e sustançial. E confessemos ser Ihesu Christo una presona e dos nasçimientos e dos naturas, una perdurable segúnd la qual es igual en todas las cosas al Padre, e otra tenporal, segúnd la qual nasció por nos tenporalmente de la madre, e tomó passyón e muerte por nos librar de la muerte que dura para syenpre; e es verdadero Dios e verdadero omne en una presona. E sy non podemos entender qué cosa sea engendrar e nasçer e salir, creásmoslo con entreguedad de fe e seremos salvos²¹.

Y otros de innegable sabor popular, como en los que se satisface el gusto por lo maravilloso. Una resucitada narra así su ventura:

Como saliesse del cuerpo la mi ánima e la de la criatura que tenía en el vientre vino gran muchedumbre de diablos muy espantables, e queríanos atar con cadenas de fuego e levar a los lugares de las penas perdurables. Mas vino una boz que dixo: Tórñense aquestas almas a sus cuerpos, que nuestro amigo Ysidoro ruega por el su libramiento. E vino luego un Angel e tornónos a los cuerpos²².

Se integran además otros contenidos catequéticos que el autor no puede soslayar (los mandamientos, obras de misericordia, etc.), como tampoco los había soslayado en el *Corbacho*. Todo ello compone una visión religiosa del mundo, restringida en ocasiones al ámbito eclesiástico. Un elemento netamente culto son las consultas epistolares que realizan ciertos prelados a San Isidoro, y las interpretaciones de algunos cánones que éste les transmite: sobre la autoridad de los jueces, la rehabilitación de los obispos o una interesante epístola que aclara las atribuciones de los distintos cargos eclesiásticos.

El propósito de las obras es pues didáctico, con la peculiaridad de que el Arcipreste de Talavera apunta tanto hacia la *moral* como hacia la *dogmática*, pero

aún se podría señalar otra intención en la *V.S. Ildefonso*, patrón del traductor: la *propaganda* de la sede toledana como cuna de santos. En cambio, la *V.S. Isidoro* ofrece una proyección universal de la santidad, pues son menos las referencias a Sevilla que a España o a otros lugares de la cristiandad.

Indudablemente, muchos de los rasgos atribuidos a los santos provienen de arquetipos del género hagiográfico: ambos estudian con ahínco hasta ser capaces de enseñar a sus maestros; ambos se retiran del mundo, y tanto a San Isidoro como a San Ildefonso se les atribuyen las mismas virtudes y dones sobrenaturales, presentándose a veces con el semblante de un héroe, como en estas líneas:

Aquella noche, estando durmiendo, le apareció sanct Isidoro a cavallo vestido de pontifical, en la una mano una cruz y en la otra una espada desnuda²³.

Cabe, finalmente, preguntarse qué aporta el Arcipreste a la tradición vernácula del género hagiográfico, pues recoge de él la estructura, la caracterización de los personajes y el propósito de ejemplaridad, si bien insiste en unas virtudes concretas.

En primer lugar, el Arcipreste pondera el tipo de santo ilustre. No sólo atiende a las vidas sino también a las obras de los protagonistas, pues traduce el *Libro de la perdurable virginidad de Santa María*, escrito por San Ildefonso; y el *Libro de la oración* y varias cartas de San Isidoro²⁴, con la peculiaridad de que los escritos del Doctor de las Españas constituyen sendos capítulos de la vida; es decir, por primera vez en la hagiografía castellana se incluye la transcripción de textos del santo, como parte interna de la estructura y no como anejo.

Por último, debe reseñarse como principal aportación del Arcipreste una erudición sabiamente combinada y mitigada por pasajes de sabor popular, una destreza en la narración a la que sirven el dominio del vocabulario y el colorido de las descripciones, aunque nunca alcanza o se deja llevar por la vena artística del *Corbacho*.

Fernando Baños Vallejo
Universidad de Oviedo

NOTAS

1. B. Sánchez Alonso, *Historia de la historiografía española*, Madrid, CSIC, 1947, pp. 352-353.
2. Arcipreste de Talavera, *Vidas de San Ildefonso y San Isidoro*, ed. José Madoz y Molerés, S.I., Clásicos Castellanos n. 134, Madrid, Espasa-Calpe, 1962, pp. XXXIII-XXXIV.
3. Alfonso Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera o Corbacho*, Ed. J. González Muela, Clásicos Castalia n. 24, Madrid, Castalia, 1970, pp. 63-64.
4. *Vidas*, ed. cit., p. 118.
5. *Ibidem*, pp. 14-15.
6. *Ibidem*, p. 57.
7. *Ibidem*, p. 92.
8. *Ibidem*, p. 152.
9. *Corbacho*, ed. cit., p. 256.
10. *Cf. Vidas*, ed. cit., p. 21, notas 11 y 12.
11. *Ibidem*, p. 25.
12. *Cf. ibidem*, pp. 34-35.
13. *Ibidem*, p. 39.
14. *Ibidem*, p. 87.
15. *Ibidem*, p. 88.
16. *Ibidem*, p. 40.
17. *Ibidem*, pp. 87-88.
18. *Ibidem*, p. 38.
19. *Ibidem*, p. 22.
20. *Cf. Philippe Hamon*, "Pour un statut sémiologique du personnage", *Littérature*, VI (1972), pp. 86-110.
21. *Cf. Vidas*, ed. cit., pp. 142-143.
22. *Ibidem*, p. 104.
23. *Ibidem*, p. 160.
24. *Cf. ibidem*, p. XXXIII.